

Archfarm

Fascículos aperiódicos de arquitectura

MÓVIL

NÚMERO 10 † NOVIEMBRE 2007

www.archfarm.org

DOMINIC STEVENS



Se habla mucho del hecho de que ya la mitad de la población de la tierra vive en ciudades. Sin embargo puede quedar aún mucho por analizar sobre modelos de población y actividad en el campo, algo que probablemente tenga mucho que ver con el futuro y la supervivencia de la civilización. Si se quiere evitar la suburbanización de las áreas rurales es necesario implementar una infraestructura móvil.

El presente artículo está extraído del libro del autor *Rural*, que será publicado próximamente por Mermaid Turbulence (mermaidturbulence.com)

Ilustración de portada: el autor

LA MONTAÑA Y MAHOMA

Por el momento la vida en el campo funciona en torno a puntos fijos. Las carreteras han sido mejoradas para facilitar el transporte de recursos que ya no se encuentran disponibles localmente (esto y la distribución barata de mercancías han vuelto redundante la producción local) y las personas que han visto los estragos de años de despoblación rural tienen un instinto natural a trasladarse a lugares más accesibles. Los lugares próximos a las carreteras principales son los más valiosos. Los pueblos más cercanos son aquellos donde están los lugares de entretenimiento, trabajo y educación, el valor incrementa en aquellas casas que aun- que rurales, rodeadas por un poco

de naturaleza controlada —césped—, se encuentran a un corto paseo en coche de estos pueblos. Cuanto más grande es el pueblo más posibilidades de trabajo y diversión, y por lo tanto más valiosa es la vivienda.

Todas estas cosas me sorprendieron desde el principio. Habiendo decidido trasladarnos al campo —pensábamos en campos verdes, el canto de los pájaros, árboles y un terreno para cultivar algo de comida— cada agente inmobiliario nos seguía ofreciendo insignificantes porciones de tierra ensordecidas por el sonido de los coches. Mientras que buscábamos un lugar donde vivir, cada posible vendedor intentaba restar importancia al aspecto campestre y alardeaba sobre el acceso a pueblos cercanos, autopistas, etc como si no hubiera vida sin acceso a aquello que de hecho estábamos deseando dejar atrás.

De esta forma la vida rural se ha vuelto suburbana. Ahora vivimos en un paisaje asistido. Carreteras, tren, electricidad, teléfono,

combustible de calefacción, comida... todo tiene que ser suministrado a las zonas rurales para que la vida continúe. El estado ha respaldado completamente la Irlanda rural, asistida con una minuciosa infraestructura tal como lo están las zonas urbanas. Autopistas, postes eléctricos, torres de telefonía móvil, camiones articulados llenos de comida, camiones cisterna... entrecruzan el paisaje llevando un nuevo estilo de vida a las zonas rurales, ya no existen zonas perdidas, pero ¿a qué coste?

Se utiliza una gran cantidad de energía para mover personas de un lugar a otro lo más rápido posible, desde cualquier punto de la Irlanda rural a Dublín (observad el plano de carreteras y ferrocarriles). Trabajo y ocio son eliminados del hogar y el campo sólo se llena del sonido de gente conduciendo de un lugar a otro. Esto nos lleva a la creencia general que vivir en una casa en el campo es esencialmente “insostenible”, refiriéndose a que se consume gran cantidad de com-

bustibles fósiles. Este estilo de vida también lleva a la desaparición de un sentimiento de comunidad en las áreas rurales que ahora no son más que un puñado de casas sólo ocupadas por las tardes, por gente cansada que ve la televisión mientras se preocupa por los pagos de su hipoteca.

El modelo económico y el desarrollo social perseguido durante toda la segunda mitad de este siglo han provocado esta situación, y es que esto no ha sido siempre así. Los modelos de vida en las zonas rurales fueron bastante distintos, erigidos en torno a un uso del movimiento mucho más económico.

CINE AMBULANTE

El año pasado asistí a un festival de dos días de películas de Werner Herzog. Tuvo lugar en un pequeño pueblo cercano, en un flamante cine de cien butacas. Todo tipo de personas bajaron de las montañas para asistir al festival.

Esto pudo ocurrir en un pueblo pequeño sin cine estable porque

el ayuntamiento de Leitrim, nuestra autoridad local, invirtió en un cine ambulante. Este cine viaja de pueblo en pueblo como un camión articulado. Para, se conecta a la red y se despliega. Quince minutos más tarde el pueblo tiene un cine, un cine a donde puedes ir andando. Sustituyendo en los pueblos más pequeños a los cines que hace tiempo cerraron sus puertas.

Parece revolucionario que algo tan grande como un cine pueda moverse, pero si observamos el pasado vemos la biblioteca móvil y el banco en los setenta, y antes aún, tiendas, mercados, ferias, circos... un mundo entero estaba en movimiento.

BUENOS VECINOS

Mi vecino George es, usando sus propias palabras, “lo mejor de lo mejor”. Es amable, agradable y extremadamente divertido. Como ha trabajado como camarero la mayor parte de su vida y sabe escuchar conoce a todo el mundo en kilómetros a la redonda y tiene algo bue-



Fluidcity,
2006, 1'38".
Dominique
Stevens

Producido
para la Bienal
de Venecia de
2006

La pieza
analiza un
asentamiento
super-rural
en el que una
"infraestructura
blanda", el
sistema fluvial
existente,
proporciona
ventajas
tradicional-
mente
urbanas a un
asentamiento
rural lineal

no que decir de todos, o al menos de casi todos ellos. Raramente viaja más allá de Mohill, a unos cinco kilómetros de distancia, aunque una vez al año su cuñada lo saca de casa y se lo lleva un día a Mayo.

Creció en los cincuenta rodeado por mucha más gente de la que vive aquí ahora, en aquellos días había alrededor de treinta personas viviendo en nuestro camino, ahora sólo hay seis (cuatro de ellas pertenecen a nuestra familia). A nivel cotidiano más gente implica más diversión. Muchas conversaciones a lo largo de la jornada, pedir y recibir ayuda numerosas veces para labores que necesitan varias manos, y al atarceder música, juegos de cartas e historias alrededor del fuego de alguien. Había tres tiendas ambulantes, Tommy Kelly con un caballo y carro, Bernie Quinn con un camión y Jack McBriane con un tractor y un remolque. Había un paseo al pub en la aldea de Cloone, a unos veinticinco minutos, y para ir a bailar en una noche especial tenías que montar en

bicicleta. Una vez por semana había un mercado en Mohill, estaba a una hora y media en bicicleta, pero merecía la pena, ganado y productos que vender, gente que conocer y todo tipo de mercaderes ambulantes y estilos musicales, todas las cosas que no tienes en casa.

Hace unas pocas semanas el circo McCormicks vino al centro cívico de Cloone. Fue bastante asombroso porque estaba formado por una sola familia, dos padres y sus hijos de doce y dieciséis años. Presentaron un espectáculo de dos horas un domingo por la tarde, y el lunes a mediodía habían recogido y se encaminaban a la siguiente aldea. Acabé hablando con George sobre esto y él empezó a hablar sobre los circos en su infancia. En los cincuenta el circo venía a Mohill unas dos veces al año, uno de los grandes, los de Duffy y Fossett eran los importantes que todavía siguen en activo. Según él todos los hombres y niños iban un día al pueblo. Cuando empecé a investigar sobre la historia del circo en Irlanda em-

pecé a darme cuenta de lo importante que era, en 1870 por ejemplo, el circo de Duffy estaba de gira con doscientos cincuenta caballos y un desfile de dos kilómetros. También en aquellos días había tres grandes ferias en Mohill y dos en Cloone, así que al final, para equilibrar el duro trabajo cotidiano había abundante espectáculo. He vivido la misma experiencia, mis padres se fueron a vivir a Inglaterra cuando se casaron y hasta que cumplí cuatro años vivimos en una aldea en Buckinghamshire, desde donde mi padre iba a diario a trabajar a Londres. Al igual que en la historia de George, una o dos veces al año el circo venía a la aldea. Sideshow, animales, payasos y forzudos actuaban por unos días y estos constituyen mis primeros recuerdos, de tan emocionantes que me parecían. El circo recogía una mañana, se te caía el alma a los pies, pero cada vez alguien escapaba con el circo, algún adolescente aburrido buscando una vida en libertad. Alguien que a lo mejor, como yo, tuvo

su primeros recuerdos de emoción con aquel circo, marchaba para ser el asistente del domador de leones, un nuevo artista del trapecio o quizá simplemente para viajar al próximo pueblo.

Lo que encuentro esclarecedor cuando George describe su vida es que ésta resulta interesante gracias al contacto con personas, había suficiente diversidad fluyendo a través de Mohill, viajando hacia él cuando el hogar resulta aburrido. Cuando describe el circo sus ojos se encienden con el recuerdo de una forma bastante diferente a la que lo hacen los niños de hoy en día que viajan a Disneylandia o Laponia a conocer a Papá Noel. En realidad nunca le ha faltado de nada excepto que a medida que pasaba el tiempo, sus vecinos y amigos han muerto o se han mudado. Esto no solamente le deja más aislado de lo que alguien tan extrovertido como él desearía, sobretodo significa que la masa crítica de gente que hace falta para mantener a los vendedores ambu-

lantes y artistas en pueblos como Mohill ya no existe, así que la diversión se transforma en televisión y el pub, o depender del coche.

Desde un punto de vista contemporáneo tiene una huella de carbono diminuta: no conduce, vive en una casa que su padre construyó usando materiales locales, utiliza poca electricidad. Sin embargo, hace algunos años reemplazó su fogón de combustible sólido por uno de gasolina, algo fácil de entender ya que en aquellos días el gasoil era barato y se creía que iba a ser así para siempre, además la turba local cunde poco y exige mucho trabajo. En su vida laboral en tiendas y como camarero ha atendido al público, entretenido, y ofrecido compañía. Cuando los expertos dicen que es insostenible vivir en una casa en una zona rural pienso en George y me río. El secreto estaba en la tradición del movimiento de servicios a lo largo de la Irlanda rural.

VIAJEROS

La comunidad sedentaria contempla a los viajeros con sospecha en el mejor de los casos, aunque más a menudo como agitadores. La sociedad desconfía tradicionalmente de aquellos que no hacen lo que uno hace y desde que las normas están escritas por la comunidad sedentaria, se dedica un gran esfuerzo a asentar a los viajeros, bien a largo plazo en viviendas o a corto plazo en centros de acogida. El estilo de vida itinerante es visto como un problema a resolver.

Allí donde uno observa que existe un problema, merece la pena considerar que de hecho este mismo problema es la solución a otro problema. Creo que de hecho los viajeros nos muestran una de las soluciones al actual mal funcionamiento de la vida rural y no uno de los problemas. Viajeros, gitanos y nómadas son la última encarnación de una gran población de mercaderes, trabajadores y músicos itinerantes que han reparado, constuido y ofrecido en-

tretenimiento a la población rural desde la época medieval, y que al vivir sus vidas en movimiento resolvieron uno de los problemas intrínsecos de la vida rural, el hecho de que una comunidad sedentaria puede ser sofocante, donde la conformidad es obligatoria, donde no hay lugar para nuevas ideas.

No era sólo entretenimiento lo que viajaba, solía haber muchas ferias itinerantes en Irlanda, hojalateros viajaban de puerta a puerta arreglando carerolas y vendiendo herramientas, al igual que tejedores, sastres y cesteros, todos aquellos que no podían mantenerse trabajando en una sola región. A lo largo de todo el norte de Europa la feria como medio de intercambio y relaciones sociales es una institución mucho más antigua que la ciudad, y por Irlanda todavía existen algunas: la feria del Puck en Agosto en Kerry y la feria del caballo en Ballinasloe son dos que conozco que duran varios días, pero las ferias semanales como lugar donde comprar comida local y ser-

vicios están de nuevo en auge en Irlanda encarnadas en los mercados de agricultores.

MERCADOS

Hace unos dos años se puso en marcha un mercado de granjeros en Boyle, un pueblo cercano a nosotros. Mari-aymone posee un tenderete, maison djeribi, para el que hornea pan ácimo y repostaría francesa. Esto nos permite intercambiar pan por comida de los otros puestos y significa que si aceptamos comer sólo productos orgánicos de temporada, sólo pisamos un supermercado para comprar mantequilla.

Para mí es en la política de la alimentación, su producción, venta y consumo, donde las pequeñas decisiones que hacemos tienen el mayor impacto en nuestras vidas, nuestro paisaje local y el entorno en conjunto.

La venta de comida es tan sólo el negocio de llevarla desde una granja a tu mesa mientras se paga al granjero. El cuarenta por cien-

to de los camiones en las carreteras está transportando comida de aquí para allá y alrededor de la industria alimentaria se extiende un extraordinariamente caro y complejo sistema de distribución sólo sostenido por el volumen de compra de los supermercados, que mantienen los precios de compra antieconómicamente bajos para los granjeros. Por ejemplo, una col por la que un supermercado paga al granjero cuarenta céntimos puede venderse al público por 1,40. El divorcio entre el consumidor y el productor ha supuesto que tiene que formalizarse y cumplirse una colección apabullante de estándares de higiene para los alimentos, puesto que la confianza no tiene lugar a la escala global en la que operan los supermercados.

Un mercado local resuelve numerosos problemas logísticos.

1. Es local, con lo que la comida no tiene que viajar desde muy lejos. Esto significa que la comida que consumimos depende menos de la energía importada.

2. La persona que vende la comida también la ha producido, es un miembro de la comunidad, si hace salami en mal estado sencillamente perderá a sus clientes. Esto significa que los estándares se autoregulan. El granjero se convierte en un eslabón visible de la cadena alimenticia con responsabilidades directas con sus clientes.

3. El granjero o productor consigue un precio justo por su comida. Esto la hace más atractiva y rentable. Más gente puede volver a la agricultura, lo que significa más gente habitando la zona.

4. El paisaje se convierte en algo esencial para las vidas de la gente que lo habita porque es de él de donde proviene la comida, se utiliza más, y se cuida más como recurso.

5. El consumidor consigue un buen precio ya que los productos no dependen de numerosos intermediarios que hacen beneficio.

6. Gracias a que el mercado ocurre sólo una vez por semana hay una intensidad de uso que im-

plica que se desarrolle una comunidad de consumidores y comerciantes, comprar se transforma en un acto social, un evento, un disfrute, no una faena.

Todo esto no gracias a una revolución, ni a leyes draconianas, sencillamente a través de un cambio en los hábitos de compra.

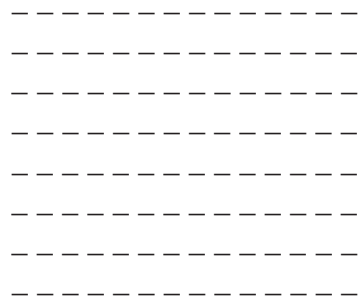
INFRAESTRUCTURA

La movilidad de servicios es una pieza fundamental para el funcionamiento de una comunidad rural. La creciente corriente de mercados de agricultores sólo se preocupa por la comida. Sin embargo, es esperanzador el hecho que una estructura móvil como el mercado de agricultores puede abastecer a un area rural en sus necesidades alimentarias y podemos percibir su estructura como el germen de una idea mayor e investigar que más podemos añadir. Históricamente la feria semanal vendía comida, pero este aspecto era más interesante para el habitante del pueblo que no tuviera jardín. Para el agricultor, la

feria permitía intercambiar bienes por dinero que podía utilizar para comprar servicios, equipo o entretenimiento que no tuviera disponible localmente. Era mucho más que un mercado de comida.

Aquí es donde el potencial de nuestro sistema de crecimiento de mercados de granjeros se sustenta. Añade al mercado el cine ambulante, el banco y la biblioteca, un experto informático y un doctor, y el día del mercado se llena de posibilidades tanto para el consumidor como el comerciante, un día libre, de contacto social y todo cerca de casa.

La sociedad no tiene los recursos para abastecer al paisaje rural como si fuera una ciudad esparcida. Necesitamos inventar una nueva infraestructura móvil, que aprenda del pasado y celebre un caracter disitinto, un futuro dinámico que discurra en la tecnología más moderna y a la vez satisfaga los deseos más inmemoriales.



Sobre el autor

Dominic Stevens se graduó en arquitectura por la University College Dublin en 1989. Trabajó para Langhof & Leipe Steigelman en Berlín, regresando a Dublín en 1995 para comenzar la práctica profesional independiente. Se especializa en el desarrollo de edificios y de proyectos teóricos en el campo irlandés. Beca Kevin Kieran Art Councils Office for Public Works para investigación en 2005-2007.